

# AL GRAN PUEBLO ARGENTINO, SALUD

*Calle Esparta su virtud,  
sus proezas calle Roma,  
silencio que al orbe asoma  
la gran capital del sur.*

**Hernán G. H. Taboada**

**Así** cantaban los habitantes de Buenos Aires que surgían a la vida independiente, en un entusiasmo que con mofa consideraba un periódico realista santiaguino “fanfarronada intolerable”, no pudiendo entender la pretensión de comparar las hazañas de pueblos famosos en los anales de la historia con los de un oscuro rincón de la América del Sur.<sup>1</sup> Sin embargo, el poeta y su público, así como los muchos que también reprodujeron con ligeras variantes tales versos, los porteños □ que en esos primeros tiempos acapararon el nombre de argentinos □, no veían absurdidad ninguna, embelesados ante la grandeza de su capital, sus hazañas recientes y el futuro que creían poder augurarle.

Es una actitud, hay que agregar, bastante común entre los criollos americanos, el paulatino desarrollo de un poderoso optimismo, visible en sus escritos desde fines del Siglo XVIII, optimismo que en Nueva España hasta ha sido postulado como causal de la independencia y que de muchos modos se manifestó en las escrituras de esos años, llena de alusiones a una humanidad que observa admirada las hazañas de las nuevas naciones: los himnos nacionales, los discursos y hasta la iconografía lo reiteran. Pocos tuvieron tan alta estima de sí mismos como los habitantes de Buenos Aires. Prueba de ello es la repetición del motivo del epígrafe en las calles de la barrosa capital, aun en los años más oscuros e ignominiosos de su historia. En medio de la anarquía seguían creyendo que el mundo los observaba, los admiraba, los aplaudía, que los libres del mundo responden, tal como todavía reza nuestro himno: ¡al gran pueblo argentino, salud!

No puedo señalar los orígenes de este orgullo, pero sí remontarlos al menos a los años finales de ese Siglo XVIII, que es hasta donde llegan los recuerdos de Ignacio Núñez, el cual notaba que, como consecuencia de las victorias obtenidas sobre los enemigos portugueses o los piratas, se había difundido entre los porteños “un sentimiento vanidoso,



que se fortificaba por los progresos en que marchaba la población, por los adelantos que se hacían en los estudios y por las recomendaciones que les daba en todos estos pueblos un carácter a la vez franco, social y generoso”.<sup>2</sup> No sólo las victorias militares, era también el crecimiento vertiginoso que en unos lustros originó la apertura del comercio atlántico, con la consiguiente llegada de mercancías, inmigrantes e ideas, y la creación de una atmósfera entusiasta que se manifestó más todavía tras el estallido de la independencia, como atestigua un inglés que en tales épocas se movió por el Río de la Plata:

Los tiempos revolucionarios traen siempre muchas agitaciones y, tratándose de un pueblo tan vehemente como el de Buenos Aires, dábanse durante la guerra de independencia ejemplos numerosos de esto que acabo de decir. Experimentaban los porteños sus victorias como sus reveses con la misma intensidad, pero, ardorosos y ambiciosos como eran, ambos sentimientos los impulsaban a nuevas empresas

<sup>1</sup> ¡Viva el Rey!, 18-x-1816, en *Colección de antiguos periódicos chilenos*, bajo la dirección de Guillermo Feliú Cruz, Santiago, Biblioteca Nacional, 1952ss, vol., 1, p. 246n.

<sup>2</sup> Ignacio Núñez, *Noticias históricas de la República Argentina* (1857), prólogo de E. F. Sánchez Zinny, Buenos Aires, Jackson, 1944, cap. 3, p. 52.

afirmando así cada vez más el propósito de asegurar su independencia.<sup>3</sup>

Vehemencia, ardor, ambición, tuvieron su correlato en la idea muy criolla de superioridad sobre sus vecinos. Los habitantes de Buenos Aires lo pensaban en relación con las otras provincias del virreinato del Río de la Plata y por supuesto de los otros hispanoamericanos. Debía de ser opinión difundida, pues la recogió también el sueco Jean Adam Graaner, citando a otros observadores: “estos criollos del sur del trópico austral son, en cuanto a carácter moral, muy superiores a sus vecinos del Perú y del Brasil, y en general a todos los criollos de la zona tórrida”.<sup>4</sup> Más amplio resultó el francés Gabriel Lafond: “Los porteños se parecen mucho a los de Vizcaya por sus formas físicas y el desenvolvimiento de su espíritu. Como ellos, tienen la comprensión fácil, el amor de la intriga, de los negocios, del bienestar y del placer. Ellos, entre todos los americanos del sur, son los que tienen la educación más avanzada, como consecuencia de las relaciones continuas con todos los pueblos del continente”.<sup>5</sup>

No eran sólo los porteños y quienes los querían, sino que inclusive sus enemigos reflejaban esta fama: cuando el virrey de Lima alertaba a Mariano Osorio en Chile contra “el genio naturalmente activo y emprendedor de los



porteños”<sup>6</sup> o el absolutista español Mariano Torrente, quien al escribir la historia de las revoluciones hispanoamericanas, reserva el primer lugar a los caraqueños pero también destaca la “robustez y virilidad” de Buenos Aires y sus habitantes.<sup>7</sup>

<sup>3</sup> J. P. y W. P. Robertson, *Cartas de Sudamérica* (1843), Buenos Aires, Emecé, 2000, carta 58, p. 428.

<sup>4</sup> Jean Adam Graaner, *Las provincias del Río de la Plata en 1816 (informe dirigido al Príncipe Bernadotte)*, prólogo de Axel Paulin, Buenos Aires, El Ateneo, 1949, p. 19.

<sup>5</sup> El libro de Gabriel Lafond, testigo francés, fue publicado en 1843 y este pasaje está reproducido en Estuardo Nuñez, comp., *Relaciones de Viajeros*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1971 (*Colección documental*, tomo 27), p. 148.

<sup>6</sup> *Gaceta Ministerial de Chile*, 10-x-1818, en *Colección de antiguos periódicos chilenos*, vol. 7.

<sup>7</sup> Mariano Torrente, *Historia de la revolución hispano-americana*, Madrid: Imprenta de D. León Amarita, 1829, vol. 1, pp. 95.

Si así se consideraban, imaginemos su actitud ante sus compañeros de armas en los ejércitos multinacionales de la independencia. En Perú, el recuerdo que perduró acerca de las divisiones entre los combatientes de uno y otro origen consigna: “los argentinos se creían superiores a los chilenos, porque les habían dado libertad; éstos en recompensa los detestaban, negándoles todo mérito, y se complacían en desacreditarlos por su conducta poco moral, y escandalosa si se quiere. En el físico mismo había rivalidad; los argentinos por lo general son bien formados, altos, llenos de inteligencia y por su habla y modales muy seductores”.<sup>8</sup> No eran menos orgullosos los colombianos, y entre todos despreciaban a los peruanos, en especial el insolente general argentino Enrique Martínez, que se creyó árbitro de los destinos del Perú.

Ni antes ni ahora son actitudes que provoquen afecto. El gobierno de Bernardo Monteagudo suscitó oposición precisamente por la altanería que mostraba y que terminó en su asesinato en Lima. Si Simón Bolívar empieza elogiándonos en la Carta de Jamaica (1815) dando cuenta cómo “el belicoso estado de las provincias del Río de la Plata ha purgado su territorio y conducido sus armas vencedoras al alto Perú”, luego fue mostrando mayormente que no nos quería. Fuera del lenguaje pulido de las comunicaciones oficiales, en cartas privadas dejaba escapar sus denuestos sobre Buenos Aires, “esta republiqueta se parece a Tersites, que no sabe más que enredar, maldecir e insultar”; en ella “no hay gobierno sino anarquía y no hay razón sino orgullo”, pareciéndole que junto con los de Chile son “detestables” y no quieren involucrarse más en la lucha de independencia por “ineptos, incapaces y también por envidia a Colombia”. En conceptos que como vimos, compartiría después Mariano Torrente, Bolívar creía que “los porteños y los caraqueños que se encuentran en los extremos de la América meridional son, por desgracia, los más turbulentos y sediciosos de cuantos tiene la América entera”.<sup>9</sup>

Turbulencia y sedición que terminó en la anarquía de 1820, que uno creería el final de muchas ilusiones y de los sentimientos de superioridad. Pero en realidad éstos cobraron forma más elaborada. Véase el tono en que escribía Domingo Faustino Sarmiento en 1845, acerca de un Buenos Aires que él nunca había visitado personalmente pero cuyos sentimientos debía de conocer bien entre el medio de exiliados en que se movía en Chile: “un pueblo que en catorce años había escarmentado a la Inglaterra, correteado la mitad del continente, equipado diez ejércitos, dado cien batallas campales, vencido en todas partes, mezclándose en todos los acontecimientos, aventurándolo todo y salido bien en

<sup>8</sup> Mariano Felipe Paz Soldán, *Historia del Perú independiente, 1822-1827*, Madrid, Editorial América, 1919, pp. 131-132.

<sup>9</sup> Cartas de Simón Bolívar del 30-v-1823, 6-v-1824, 25-ix-1820, 10-ii-1824, 8-v-1825, en Simón Bolívar, *Obras completas*, Caracas, Pool Reading, 1975, tomo 1, pp. 499, 761, 917, tomo 2, p. 128.

## Vehemencia, ardor, ambición, tuvieron su correlato en la idea muy criolla de superioridad sobre sus vecinos

todo, que vivía, se enriquecía y se civilizaba”.<sup>10</sup> Los cambios en la sociedad, la llegada de inmigrantes europeos que habían cambiado el perfil poblacional de la ciudad, eran las explicaciones que Sarmiento daba de la pujanza porteña. Y todo ello había sido arrasado, concluía, por la barbarie de los caudillos y del caudillo bárbaro que se había asentado en la urbe misma civilizada, Juan Manuel de Rosas.

Distintos fueron, en clave romántica, los argumentos de otro exiliado que escribía hacia la misma época. También antirrosista en el pasado, Juan Bautista Alberdi había quedado impresionado por la victoria que el dictador había obtenido sobre la coalición anglofrancesa que había bloqueado el Río de la Plata, lo que hizo estallar sus sentimientos de orgullo en el escrito “La República Argentina treinta y siete años después de su Revolución de Mayo” (1847). Es éste un panegírico de Rosas, explicado por la superior nación en que le tocó nacer y cuyo espíritu refleja:

Hoy más que nunca el que ha nacido en el hermoso país situado entre la Cordillera de los Andes y el Río de la Plata tiene derecho a exclamar: “soy argentino” [...] la verdad sea dicha sin mengua de nadie: los colores del Río de la Plata no han conocido la derrota ni la defección [...] la República Argentina no tiene un hombre, un suceso, una caída, una victoria, un acierto, un extravío en su vida de nación de que deba sentirse avergonzada [...] en todas las época las República Argentina aparece al frente de esta América, de aquí a veinte años muchos Estados de América se reputarán adelantados porque estarán haciendo lo que Buenos Aires hizo treinta años ha [...] Rosas y la República Argentina son dos entidades que se suponen mutuamente: él es lo que es porque es argentino, su elevación supone la del país, el temple de su voluntad, la firmeza de su genio, la energía de su inteligencia no son rasgos suyos sino del pueblo, que él refleja en su persona.<sup>11</sup>

Intérprete Rosas del país, varios lo dijeron antes y después como elogio o denuedo; el mismo Alberdi, que lo visitó en

<sup>10</sup> Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo: civilización y barbarie* (1845), prólogo y notas de Susana Zanetti, Madrid, Alianza, 1988, cap. 7, p. 173.

<sup>11</sup> Juan Bautista Alberdi, “La República Argentina treinta y siete años después de su Revolución de Mayo” (1847), en *Autobiografía: la evolución de su pensamiento*, prólogo de Jean Jaurès, Buenos Aires, Jackson, 1945, pp.

<sup>12</sup> Juan Bautista Alberdi, “Rosas (en el destierro)” (1857), en *Autobiografía*, p. 251.

## Los cambios en la sociedad, la llegada de inmigrantes europeos que habían cambiado el perfil poblacional de la ciudad, eran las explicaciones que Sarmiento daba de la pujanza porteña

su destierro en Inglaterra, recordaba diez años después de su panegírico cómo “al ver su figura toda, le hallé menos culpable a él que a Buenos Aires por su dominación, porque es la de uno de esos locos y medianos hombres de que abunda Buenos Aires, deliberados, audaces para la acción y poco juiciosos”.<sup>12</sup>

Podríamos seguir, y con el tiempo encontraríamos expresiones cada vez más hiperbólicas, de orgullo y exaltación, en los escritos de Bartolomé Mitre, de Leopoldo Lugones, de Eduardo Mallea, hasta de Jorge Luis Borges y de muchos argentinos de a pie. Se han explicado por las décadas de prosperidad en torno al primer Centenario de 1910, análogas a las que motivaron el entusiasmo que dio sustento a la comparación del epígrafe, aquella con Esparta y con Roma. Sin embargo, creo que varios de los testimonios que he citado nos demuestran otra cosa, y a ella he aludido antes: que la exaltación nuestra es hasta cierto punto independiente de las realidades prósperas o adversas, que cuando el brillo económico falta tenemos a Maradona.

En fin, que la vanagloria argentina, la cual se ha hecho tan famosa en México y en el resto de América Latina, no remonta a los años de la prosperidad, ni a los del alud migratorio, sino que es una característica criolla no desconocida por aquellos que nos critican. Existe también en las otras repúblicas, y habría que agregar que alterna paradójicamente con momentos de desesperanza y autodenigración, también caracteres criollos, que varios críticos han señalado en toda América Latina y cuyo rastreo puede ser instructivo. Empecé por unos versos, terminaré con otros:

*He nacido en Buenos Aires. / ¡Qué me importan los desaires / con que me trate la suerte! / Argentino hasta la muerte, / he nacido en Buenos Aires. / Tierra no hay como la mía; / ¡ni Dios otra inventaría! / Que más bella y noble fuera / ¡Viva el sol de mi bandera!* / (Carlos Guido y Spano, 1871). 

---

**Hernán G. H. Taboada** (Buenos Aires, 1956). Profesor de historia por la Universidad de Buenos Aires, maestro en Estudios de Medio Oriente por El Colegio de México y doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue editor de la revista *Cuadernos Americanos* y es actualmente investigador en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe – CIALC de la UNAM. Su libro *La sombra del Islam en la conquista de América*, publicado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y el FCE, apareció recientemente.